

# REVISTA

DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Bogotá, Junio 1.º de 1908

---

## ADDENDUM

En la relación del Claustro, en nuestro número anterior, se omitió involuntariamente, entre los colegiales de número, el nombre del Sr. D. RÓMULO ESCOBEDO, Bachiller en Filosofía y Letras.

---

## UN MUERTO RESUCITADO

Se trata, lector mío, nada menos que del grande Aristóteles.

Es decir, de una de las mayores inteligencias que Dios haya concedido, después del pecado, á una criatura racional; del más alto ingenio de las edades paganas; del maestro, del filósofo por excelencia, entre los filósofos y entre los maestros humanos; del mejor discípulo de Platón, del educador de Alejandro Magno; del que fue guía y oráculo de Santo Tomás en las verdades del orden natural.

El héroe de esta historia es Aristóteles, el que creó la ciencia de la Lógica y la dejó tan perfecta que, al decir de Kant, no ha tenido, en veintidós siglos, que *retroceder* (!) un solo paso; el que redujo todos los conceptos del entendimiento á diez grupos ó géneros supremos; el que formuló completa la doctrina de la materia y la energía, defendida hoy por Claudio Bernard y Berthelot, por Laparent y Sainte-Claire Deville, por Hoffman y Cooke.

Va á aparecer en escena Aristóteles, el creador de la *Metafísica*; el que con su sola razón afirmó la existencia de

un solo Dios; el que demostró la existencia del Motor supremo, de la Causa de las causas, de la Inteligencia en quien residen lo necesario y lo posible; de la Perfección absoluta de donde toda perfección relativa dimana, con los mismos argumentos que hoy empleamos para probar el Sér Supremo. Y llegó él á dar de Dios la noción más encumbrada que puede alcanzar la razón, al decir que Dios es *acto puro*, perfección á que nada falta, que nada *puede ser* sin que *sea*.

Mas, para que el lector conozca los antecedentes de esta verídica narración, es preciso que sepa que el Estagirita—nombre que se da al filósofo por haber nacido en Estagira, de Tracia, á la sazón colonia griega—escribió muchas obras, no menos de ochenta y ocho libros diferentes. Y á éstos se añaden otros muchos que se le atribuyen, unos ya demostrados apócrifos, otros de autenticidad dudosa todavía.

De estas obras, auténticas éstas, apócrifas aquéllas, dudosas las de más allá, unas han llegado hasta nosotros, las otras se perdieron, y sólo conocemos su existencia por los títulos, citados por autores contemporáneos ó posteriores.

Perdone el lector estos antecedentes, y considere que son indispensables para el cabal conocimiento de la historia que vamos á narrar.

Indispensable es también que sepa que el estilo de Aristóteles no es el abundante, pintoresco, elocuentísimo de su maestro Platón: es un estilo sobrio, conciso, limpio como la conciencia de un justo, trasparente, como riachuelo que deja contar las pedrezuelas y aun las arenas del fondo, candoroso como el hablar de un niño de cinco años. En esas cualidades no le han superado, y mucho, sino los autores sagrados; no le ha igualado sino Santo Tomás de Aquino; con la ventaja, en lo tocante al idioma, de que Aristóteles escribía el griego purísimo del siglo de Pericles, y Santo Tomás el latín bárbaro del siglo XIII. Lo cual da la superioridad al Angélico Doctor, pues si dos

músicos tocan con igual perfección una partitura, uno en un violín *stradivario*, y otro en una tosca vihuela, muestra más genio el segundo que el primero.

Pues sepa, mi queridísimo lector, que una de las obras verdaderas ó supuestas, del maestro y perdidas sin remedio, era un tratado sobre la constitución de Atenas (1). ¡Qué tesoro aquel para el estudio del Derecho constitucional, qué luz para los catedráticos de historia griega, qué punto de partida para las ciencias morales y sociales!

El tratado aquel había muerto, aunque nadie sabe la fecha ni las circunstancias de su fallecimiento. Es probable que pereciera, como tantas obras maestras de la antigüedad, en tiempo y por culpa de las irrupciones bárbaras.

Pues bien, amado lector, el libro de Aristóteles sobre la constitución de Atenas ha resucitado. El hecho se verificó á fines del pasado siglo; es decir, hace unos veinte años. Para la lentitud con que por acá nos llegan las noticias científicas, ésta es fresquísima. Y si no, dígame el lector en qué periódico colombiano la había visto publicada.

La historia del hallazgo viene contada en una sabia introducción á la traducción al inglés de la obra rediviva (2).

No cabe en nuestras páginas el estudio entero, y por eso nos limitaremos á presentar á nuestros lectores aficionados á la ciencia del Derecho ó versados en ella, y á los demás á quienes interesen los proplemas morales y sociales, y aun á los amigos de antiguallas y vejeces, un extracto de la citada introducción. Desde el próximo número comenzaremos á publicar el tratado de Aristóteles, que es muy breve, aunque muy sustancioso.

(1) "Añádase que algunas de sus obras no han llegado hasta nosotros, siendo muy de lamentar esta desgracia con respecto á la *Historia* de 158 constituciones de estados ó repúblicas." ZEFERINO GONZÁLEZ—*Historia de la Filosofía*.

(2) Aristotle on the athenian constitution, translated with introduction and notes, by F. G. Kenyon, M. A. fellow of Magdalen College, Oxford.—London. George Bell and sons. York street. Covent Garden—1891.—Pp. XLIII+126 in 12.

No tenemos el texto griego; pero se conoce que la versión inglesa es estrictamente literal, y así lo afirma el traductor. A ello se presta como pocos idiomas el inglés, cuya construcción es tan libre, al contrario de lo que acontece con el francés, v. g.

Nuestro compañero y colaborador D. José Miguel Rosales ha traducido el opúsculo del inglés al castellano, casi palabra por palabra. No es, pues, aventurado decir al lector que podrá formarse, leyendo nuestra publicación, idea bastante exacta de la obra resucitada.

La historia del encuentro fue de la manera siguiente:

El descubrir manuscritos de los clásicos escritores fue siempre el sueño dorado de humanistas y eruditos de todo tiempo, pero en especial del Renacimiento acá. Pero nunca los resultados han correspondido á las esperanzas. En las excavaciones de Herculano, en vez de algún fragmento de Píndaro ó Simónides, sólo han aparecido unos trozos sin interés de ignoto filósofo epicúreo. Los monasterios de Oriente que le dieron á la teología el inestimable *Codex Sinaiticus* del Nuevo Testamento, y preciosos manuscritos de los Santos Padres, no han ofrecido nada digno de mención á la literatura clásica. Se esperó hallar en los palimpsestos, donde apareció la magna obra del jurisconsulto Gaio, algo de los clásicos griegos y latinos, pero no ha resultado cosa de importancia hasta ahora.

En los últimos años se ha empezado á explotar otra mina. Bajo las arenas de Egipto, en los sepulcros y en los escombros de ciudades muertas, se han conservado muchos manuscritos, en papiro. Los más no tienen mayor importancia: fórmulas mágicas, cuentas de dinero, documentos privados. Al lado de ellos, trozos de los grandes autores: Homero, Tucídides, Eurípides, Platón, Demóstenes, etc. Lo más interesante había sido el hallazgo de cuatro arengas del grande orador ateniense Hipérides, contemporáneo y colega de Demóstenes.

Pero todo lo dicho ha quedado oscurecido con la resurrección del tratado atribuído á Aristóteles, sobre la historia de la constitución de Atenas.

Está en el reverso de cuatro rollos de papiro, de tamaños desiguales, que dan por todo diez y ocho pies, ocho pulgadas de largo, por once de alto. El derecho del papiro contiene las prosaicas cuentas del mayordomo de una granja egipcia. El tál era griego, y en esta lengua llevaba sus apuntes. Ellos no sirven sino para mostrarnos la época probable del manuscrito. Tienen la fecha que corresponde al año 78 á 79 de nuestra era. Como las cuentas aquellas no eran cosa de conservarse años enteros, es probable que el MS. fue copia tomada á fines del siglo I; y la paleografía parece confirmar este dato.

Faltan en el manuscrito el principio y el fin, y en el curso del tratado hay palabras y frases enteras borradas ó ilegibles (1).

Mr. Kenyon, á quien debemos estas informaciones, y que tradujo el MS. al inglés, anotándolo sabiamente, estudia en su *Introducción* si el texto es el tratado sobre la constitución ateniense atribuído á Aristóteles, y afirma que sobre el particular no se ha producido la menor duda ni discrepancia entre los *scholars* de Inglaterra.

Más difícil es determinar si el libro fue escrito por el Filósofo. Inclínase á ello Mr. Kenyon, con lujo de eruditas y perspicaces razones, que no caben aquí, tales como la época en que se detiene la historia, que es la inmediatamente anterior á la del Maestro; la semejanza del lenguaje y estilo de este tratado con el conocidísimo de Aristóteles; las doctrinas, acordes en todo con las de la *Política*, etc. Y en caso de no ser obra íntegra é inmediata del Filósofo, no queda duda de que á lo menos fue escrita por alguno de sus discípulos, bajo la cuidadosa inspección " y

(1) Cuando la laguna es fácil de llenar con probabilidad, en la traducción va la lección probable entre paréntesis; cuando no es adivinable, se indica con puntos suspensivos.

con el *imprimatur* de Aristóteles," dice festivamente el prologuista y traductor eruditísimo.

Al lector á quien le haya interesado el asunto, no tiene sino que esperar al próximo número, donde empezaremos á publicar el *Tratado*, con las sabias notas del traductor inglés.

R. M. C.

## A LUCIO SESTIO, CONSULAR <sup>(1)</sup>

TRADUCCIÓN DE HORACIO

(*Carm., lib. I, od. IV*)

Ya cesa el crudo invierno,  
Ya la grata y fecunda primavera  
Vuelve á la par del tierno  
Favonio, y la velera  
Nave halla el mar en calma lisonjera.

No busca ya el ganado  
Forzoso abrigo en el establo duro,  
Ni el labrador, helado,  
El fuego, ni da al prado  
La escarcha su ropaje blanco y puro.

Ya Venus Citerea  
Los coros siempre plácidos dirige,  
Osténtase Febea  
En el cenit, y erige  
La corte del amor que á Juno aflige.

Danzan rítmicamente  
Con las ninfas las Gracias pudorosas,  
Mientras Vulcano ardiente  
Inflama las famosas  
Fraguas de las Ciclopes ponderosas.

(1) A mi distinguido amigo y Profesor de Sintaxis Latina en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, Sr. D. Arturo Acuña, en testimonio de gratitud y estimación.